

La derrota de la paz. Historia interminable del conflicto palestino-israelí

THE DEFEAT OF PEACE.
ENDLESS STORY OF THE PALESTINIAN-ISRAELI CONFLICT

Ramón Luis Valcárcel Siso¹

Presidente del Comité de Expertos del Observatorio Europeo
de Análisis y Prevención de la Desinformación.
valcarcelsiso@gmail.com

Resumen: En este artículo analizamos las múltiples causas —remotas y más recientes—, así como la diversa naturaleza de estas, del multiseccular conflicto entre palestinos e israelíes. Somos conscientes de la imposibilidad de encontrar respuestas racionales a episodios de tanta barbarie engendrada; pero también es inevitable buscarlas. Así, pues, tendremos que desplazarnos en el tiempo a casi 4000 años antes de nuestros días para, atendiendo a los textos del Antiguo Testamento, conocer el origen de los continuos enfrentamientos entre los dos pueblos, el hebreo y el palestino, como consecuencia de interpretaciones contrarias a la «propiedad» de la *Tierra Prometida*. Las decisiones políticas, en función de los intereses coloniales, económicos y geoestratégicos, principalmente, —a los que no son ajenas las motivaciones de carácter religioso— contribuyeron al nacimiento del Estado de Israel. A partir de ahí, se reavivó la llama que ha desembocado en un fuego, difícil de extinguir, que se transforma en tragedia humana y que alimenta un odio costoso de superar. La solución es compleja, y la voluntad para encontrarla, por ambas partes, de dudosa probabilidad. Parece que, según la opinión generalizada, la creación de un Estado palestino, libre e independiente, sin injerencias de Israel, ayudaría a poner fin al conflicto. Pero, realmente ¿es esto posible en un futuro cercano?

Abstract: In this article, we analyze the multiple causes of the multi-seccular conflict between Palestinians and Israelis. Although we are aware of the impossibility of finding rational responses to episodes of such barbarity, it is also inevitable to look for them. In this context, we will have to travel back in time 4000 years before our days to have a look at the texts of the Old Testament and know the origins of the continuous clashes between the Hebrew and the Palestinian population due to a different interpretation about the «ownership» of the Promised Land. After an attempt of Jewish emancipation and assimilation during the French Revolution and the Illustration, the escalation of violence against Jewish communities in Europe in the 19th century is translated

1 Expresidente de la Comunidad Autónoma de Murcia. Exvicepresidente del Parlamento Europeo.

into persecution, isolation and massacres. This atrocious anti-Semitism that leads to the birth of Zionism, which would establish the foundations for the creation of a «national home» for the Jewish people. The political decisions, based on colonial, economic and geo-strategic interests, mainly, —to whom religious motivations are not alien— contributed to the birth of the State of Israel. From that moment, the flame was rekindled has led to a fire, that is difficult to extinguish, which has been transformed into a human tragedy and that feeds a hatred that will be difficult to overcome. The solution is complex, and the will to find it, on both sides, is doubtful. It seems that, according to widespread opinion, the creation of a Palestinian State, free and independent, without interference from Israel, would help end the conflict. However, is this really possible in the near future?

Palabras clave: Diáspora, Israel, Palestina, cristianismo, islamismo, antisemitismo, holocausto, sionismo, colonialismo, Imperio Otomano, Organización Naciones Unidas, Hamás.

Keywords: Diaspora, Israel, Palestine, anti-Semitism, Holocaust, Zionism, colonialism, Ottoman Empire, «Jewish national home», United Nations, Hamas.

I. Orígenes y textos bíblicos

El siete de octubre del pasado año 2023, coincidiendo con la celebración de la festividad de *Sucot*², el mundo se estremeció ante el salvaje ataque de Hamas a los kibutz Be'eri y Re'im, en Israel. Esta organización criminal asesinó a 1400 personas, entre ellas a más de mil civiles, y secuestró a 239; una masacre a la que Hamas bautizó con el nombre de «Operación Inundación de Al-Asqa». No se trató de un asesinato improvisado, sino planeado, difundido y reivindicado. Más aún: monstruosamente celebrado. Sin duda, fue un acto terrorista perpetrado por una organización terrorista. Estos hechos encendieron, irremediabilmente, la memoria de los pogromos de la Rusia imperial y del Holocausto de la Alemania nazi.

La reacción por parte de Israel se produjo de inmediato con una contundente operación militar —a la que llamó «Operación Espada de Hierro»— a través de ataques aéreos con lanzamientos masivos de bombas de enorme potencia explosiva e invadiendo, con el apoyo de la artillería y la infantería, los territorios palestinos. Centenares de miles de personas están siendo desplazadas hacia el sur de Gaza, y las víctimas mortales, así como los heridos, se cuentan por miles. Un drama humano más que añadir, en pleno siglo XXI, junto con el de la guerra entre Rusia y Ucrania como consecuencia de la invasión rusa que se inició en 2014, y que se viene manifestando con toda su crudeza desde febrero de 2022.

2 Sucot: Conocida también como la fiesta de las cabañas, conmemora los cuarenta años que los hebreos pasaron en el desierto, viviendo en tiendas, cuando escaparon de Egipto y se dirigían a la Tierra Prometida.

Es imposible encontrar respuestas racionales a tanta barbarie, pero también es inevitable buscarlas. Y para ello, con el propósito de hurgar en las razones que originaron las persistentes disputas entre el pueblo judío y el palestino, habrá que remontarse a tiempos muy remotos. En efecto, los enfrentamientos entre Israel y Palestina constituyen uno de los conflictos más antiguos y complejos del mundo, aunque sólo sea por las profundas raíces históricas y religiosas, que se remontan a casi 4000 años atrás.

En gran medida, estas raíces se hunden en el contexto bíblico en donde se relata la invasión, en 1850 a. C., de las tierras de Canaán —la Palestina histórica— por los hebreos, un pueblo de origen semita asentado en Caldea (la actual Irak), en el sur de Mesopotamia. Canaán era una región de Oriente Medio que comprendía parte de lo que hoy es Israel, Palestina, Jordania, Siria y Líbano, y estaba habitada por una amalgama de pueblos como hicsos, hititas, aramos, jebuseos, filisteos... Estos últimos tiene su origen en los llamados «pueblos del mar», concretamente en la civilización minoica y, por consiguiente, europeos. Desde el primer momento, hebreos y filisteos protagonizaron cruentos enfrentamientos sentando, así, las bases de lo que sería una convivencia imposible entre ambos pueblos.

La tradición judía indica que la zona en la que se asienta Israel es la Tierra Prometida por Dios al primer patriarca, Abraham, y a sus descendientes. Según la Biblia, «Yahveh (Dios) ordenó a Abraham salir de su tierra y de su parentela y dirigirse hacia la tierra que Él le mostraría»³ La promesa divina se concretó en un pacto con el patriarca: «Estableceré un pacto contigo y con tu descendencia después de ti, de generación en generación; un pacto perpetuo, para ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti. Te daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra en que habitas, toda la tierra de Canaán, en heredad perpetua. Y seré el Dios de ellos»⁴. También dice la Biblia que Dios renovó el pacto con Isaac, hijo de Abraham: «... y daré a tu descendencia todas estas tierras; y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente»⁵. De la unión de este con Rebeca nació Jacob, «a quien Dios lo renombró como Israel»⁶. Asimismo, el libro del Génesis nos habla sobre las bendiciones que Dios extendió, de igual manera, al pueblo árabe por medio de Ismael, el otro hijo de Abraham: «... Y en cuanto a Ismael, también te he oído; he aquí que le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera; doce príncipes engendrarán, y haré de él una gran nación. Mas yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz por este tiempo el año que viene»⁷.

Los textos del *Antiguo Testamento* nos dicen, pues, que la promesa que Yahveh le hizo a Abraham bien podría atender los anhelos de dominio territorial de los dos hijos de este, Isaac e Ismael, aunque el pacto sólo se concretaba en Isaac a quien le concedió «toda la tierra de Canaán en heredad perpetua». Probablemente esto acentuaría el desprecio de Ismael hacia Isaac.

3 Genesis 12:1.

4 Génesis, 17: 7-8.

5 Génesis, 26: 3-4.

6 Génesis, 35.

7 Génesis, 17: 19-21.

Siglos después, con el nacimiento del Islam, el *Corán* también introdujo un conflicto en cuanto a quién es el verdadero hijo de la promesa de Abraham⁸. Los textos sagrados hebreos dicen, como hemos visto, que fue Isaac. Sin embargo, el *Corán* contradice a las Escrituras del Antiguo Testamento al mantener que fue Ismael a quien Abraham casi sacrificó para el Señor y no Isaac. Esto explica que la tradición considere a Ismael y a su hijo Adad como padres de los árabes, identificados como adaditas (se cree que Mahoma descendía de la tribu árabe Adadita Quraysh). Este debate sobre quién fue el hijo de la promesa, forma parte —en la medida que se le quiera otorgar— de los orígenes más remotos del conflicto entre los pueblos judío y palestino.

II. Antisemitismo y sionismo

El ANTISEMITISMO es una ideología racista que se desarrolló a finales del siglo XIX y se extiende hasta nuestros días. El *antijudaísmo* tiene orígenes más remotos y sus argumentos están alimentados por connotaciones religiosas. Sin embargo, el blanco de los prejuicios y de los odios tiene un denominador común: el pueblo judío. La diferencia, pues, entre ambos términos sólo la establece el tiempo, aun cuando los dos vocablos son perfectamente admitidos con independencia de las épocas a las que hagamos referencia al relatar los permanentes episodios de marginación y persecución a la colectividad judía.

El odio a los judíos no es, por lo tanto, un fenómeno contemporáneo, sino un mal multiseccular. En la larga historia de la humanidad los judíos aparecen como una especie maldita a la que se le impone prohibiciones, y se le confina en guetos. El pueblo judío ha sido discriminado, perseguido e, incluso, masacrado desde hace siglos y en todos los territorios en los que se ha asentado. Esa opresión hacia el mismo está basada en la creencia de estereotipos, mitos y desinformación sobre el pueblo judío, el judaísmo e Israel. Paralelamente a todos los sistemas de opresión, el antisemitismo se manifiesta como deshumanización, explotación, discriminación y violencia contra las comunidades judías.

El carácter monoteísta de la religión judía supuso el rechazo de la Grecia helénica y de la antigua Roma, que eran politeístas. Desde la promulgación del Edicto de Constantino, en el año 313, por el que se declaró el *Cristianismo* religión oficial del Impero Romano, el antisemitismo se ha nutrido siempre del odio al «pueblo que mató a Jesucristo», lo que es conocido como el mito del deicidio o muerte de Dios. Así, la Crucifixión de Jesucristo se convierte en el argumento principal de la representación negativa y odiosa del judaísmo. Esa es la gran carga que ha de soportar el pueblo judío frente a una sociedad que adora al Dios que ellos mataron y que, generación tras generación, ve en ellos la expresión del horror religioso.

8 *Corán* 37:104-107. Sura (capítulo) «Los ordenados en fila»: «¡Oh, Abraham! Has cumplido con lo que viste (en tus sueños). Así recompensó a los que hacen el bien. Esa fue una dura prueba. Pero lo rescaté (a su hijo) ordenando a Abraham que hiciera una gran ofrenda» Aunque el *Corán* no menciona a Ismael por su nombre, sí lo señala al hablar del único hijo de Abraham en el relato del sacrificio.

El Cristianismo marginó, en la Europa medieval, a los judíos, quedando arrinconados social, económica y políticamente. Las acusaciones contra ellos adquirieron tal relieve que llegaron a ser expulsados de diversos reinos, como Francia, Inglaterra y España (en este caso, en 1492 mediante el Edicto de Granada, en los albores de la Edad Moderna).

Sin embargo, el movimiento cultural e intelectual que caracterizó a la *Ilustración*, en la segunda mitad del siglo XVIII, propició un cambio significativo en las relaciones de las comunidades judías con la compleja y variada sociedad europea. El Humanismo y el movimiento de la Ilustración, seguidos de la *Revolución Francesa*, exigieron un nuevo enfoque del «otro», e incluso la concesión de los mismos derechos a todos los individuos. De esta manera, los poderes públicos establecieron la libertad de culto (entre otras libertades) y otorgaron derechos civiles a quienes profesaban otras confesiones distintas a la católica, entre ellas a la judía.

Hasta entonces, las comunidades judías vivían aisladas en sus propios barrios, los *guetos*; abrazaban una religión que chocaba frontalmente con la cristiana; hablaban otra lengua y no se unían en matrimonio con otras comunidades que no pertenecieran exclusivamente la suya. Pero la crisis de las monarquías absolutas y el nacimiento de la Ilustración animarían a los judíos a hablar la lengua de los distintos países en los que residían y a mezclarse con la sociedad con la que, desde entonces, aunque por no mucho tiempo, convivirían, resultando de ello la proliferación de matrimonios mixtos. Los judíos eran aceptados en escuelas y universidades, podían servir como oficiales en los ejércitos y trabajar en profesiones como la medicina y el derecho. La Revolución francesa de 1789 emancipó a la comunidad judía tan solo dos años después de su inicio; los sacó del gueto donde vivieron confinados tantos siglos y los volvió ciudadanos con los mismos deberes y derechos que los demás franceses. Fue el primer período en el que los judíos pudieron progresar socialmente. Muchos de ellos se convirtieron en figuras destacadas de la investigación, la banca, el periodismo, el arte, la literatura y la política. Es lo que se dio en llamar el proceso de *emancipación y asimilación*⁹ de los judíos europeos.

Pero también hubo quienes se opusieron a la rápida integración de estos en la sociedad europea al considerar que la asimilación significaba la renuncia a la identidad, y esto, afirmaban, no se cumplía. Por otra parte, los cambios que se estaban produciendo como consecuencia del impacto de la revolución industrial, especialmente en los ambientes urbanos, con el incremento del desempleo y la aparición de la clase obrera, contribuyeron a una *depresión económica*, que se vio agravada por lo que se denominó la *crisis agraria finisecular*. Este contratiempo que, como su nombre indica se produjo a finales de siglo, barrió la práctica totalidad de Europa debido a la caída de los precios ante la entrada masiva de los productos agropecuarios desde los nuevos países de colonización europea. Nuevamente, se buscó un chivo expiatorio apuntando a los judíos a los que se les culpaba del capitalismo, por un lado, y del auge del socialismo y el comunismo, por otro.

9 Las primeras leyes de emancipación de los judíos en Francia se promulgaron durante la Revolución Francesa, estableciéndolos como ciudadanos iguales a los demás franceses. Anuló las antiguas leyes que restringían a los judíos a residir en guetos, así como levantó las leyes que limitaban los derechos de los judíos a la propiedad, al culto y a ciertas ocupaciones.

Y mientras esto ocurría, iba surgiendo, en la transición del siglo XIX al siglo XX, la idea de la nación y su inmediato resultado como Estado propio. La construcción del mismo debería de estar sustentada sobre dos pilares fundamentales: la lengua y la religión comunes, lo que facilitó la aparición del *nacionalismo étnico*, cuyo marco de desarrollo se produjo en la Europa Central y Oriental, que todavía no había culminado el proceso de unificación. Huelga decir que el Estado étnico homogéneo resultaba incompatible con la existencia de cualquier minoría étnica, y el nacionalismo iba a dotar de argumentos al antisemitismo cuyos adheridos, con mucha frecuencia, denunciaban falsamente a judíos como ciudadanos desleales.

Estas aspiraciones nacionalistas se manifestaron, bajo un profundo sentimiento antisemita, principalmente en tres importantes áreas europeas: Rusia, Prusia y Francia.

El Imperio ruso anhelaba construir un Estado cimentado bajo la unión de la etnia y la religión a través del *paneslavismo* religioso ortodoxo. Este propósito no solo dejaba fuera a los judíos del proceso de asimilación, sino que, además, fueron señalados como enemigos, y pronto se convirtieron en víctimas de revueltas violentas contra ellos, las cuales iban precedidas, a modo de justificación, por bulos (hoy utilizamos el término inglés, comúnmente aceptado, de *Fake News*) y gravísimas acusaciones de conspiración e, incluso, de magnicidio, como fue el caso de la inexistente participación de estos en el asesinato del zar Alejandro II de Rusia, en 1881¹⁰.

A partir de ese momento, el odio hacia los judíos se acentuó, aún más, en todo el imperio ruso, principalmente en Ucrania y en el sur de Rusia —las actuales Polonia y Moldavia— entre 1881-1884. Las agresiones masivas, espontáneas u organizadas directamente por las autoridades políticas y la policía secreta zarista, se dirigieron contra los judíos, y alcanzaron especial violencia en las ciudades de Odessa, Novorossiia y Kiev. Nos referimos a los tristemente famosos *pogromos*¹¹. Estos linchamientos multitudinarios iban acompañados de la destrucción o el expolio de todos sus bienes.

Violencia material alimentada con violencia verbal a través de la difusión de publicaciones como, por ejemplo, *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, un alegato antisemita, plagado de falsedades, que describe en 24 capítulos o *protocolos* las actas de inexistentes reuniones de líderes judíos en las que se detallan planes secretos para dominar el mundo, manipular la economía, controlar los medios de comunicación y avivar

10 Asesinato del zar Alejandro II. Es cierto que uno de los magnicidas era judío, en concreto, una mujer llamada Guesia Gelfman, casada con Nikolái Nicoláyevich, uno de los fundadores de la organización revolucionaria radical Naróyana Volia (Voluntad del pueblo), por lo que, al margen de la colectividad judía, actuó siguiendo los pasos de su marido. La bomba fue lanzada a los pies del Zar por Ignati Grinevitski, miembro del referido grupo terrorista.

11 *Pogromo* es una palabra de origen ruso que significa «devastación», en el sentido de causar estragos y demoler con violencia. Históricamente, el término se refiere a ataques violentos por parte de poblaciones no judías contra los judíos en el Imperio Ruso y en otros países. Los ataques salvajes a esta población incluyeron arrancar las barbas a los varones judíos, destrozarse pergaminos de la Torá, violar a niñas y mujeres judías y torturar a ciudadanos judíos en las plazas de los mercados, haciéndoles andar hasta las afueras de la ciudad para acabar fusilándolos.

conflictos religiosos. Todo apunta a que la obra fue «fabricada» por el cuerpo de la policía secreta del régimen zarista, la *Ojrana*, con la finalidad de justificar ideológicamente los pogromos que sufría la colectividad judía. Lo cierto es que se trataba de un burdo plagio del libro *Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, publicado por el autor satírico francés Maurice Joly, en 1864, y del que el Museo Británico custodia una copia.

La primera edición de los Protocolos la publicó el periódico de San Petersburgo *Znamya* entre el 26 de agosto y el 7 de septiembre de 1903. El editor de este medio era Paul Krushevan, militante de la ultraderecha rusa, antisemita y racista, que tomó parte activa en varios pogromos. En 1905 los Protocolos volvían a publicarse incluidos en una obra de Serguei Aleksándrovich Nilus¹² titulada *Lo grande en lo pequeño: la venida del anticristo y el demonio de Satanás en la Tierra*. El objetivo era el de influir definitivamente en el zar Nicolás II.

La teoría de la conspiración judía mundial, aunque falsa, se había extendido, no obstante, sobre los diversos niveles de las capas sociales. Conseguido el objetivo, correspondía destruir la Alianza israelita universal para cuyo efecto, según el antisemitismo más radical, era imprescindible recurrir a la única opción posible: el exterminio total de la raza judía. La tragedia era ya inevitable.

En Prusia —la futura Alemania— el antisemitismo surge en la etapa inmediatamente anterior a la unificación de 1870. Los fundamentos ideológicos fueron orientados hacia la consecución de una identidad como raza y nación que agrupara a los «pueblos alemanes», disgregados en pequeños Estados. Era el pangermanismo, que fijaba a las comunidades judías como las causantes de que Alemania aún no se hubiera unificado ni fuera una nación grande. El «movimiento *Völkisch*»¹³ contribuyó especialmente a forjar esa idea. Consideró al judío como «no alemán», como un «pueblo extranjero» y, en consecuencia, como un «pueblo-raza» diferente a la de los alemanes. Este movimiento se nutrió de filósofos, eruditos y artistas alemanes que veían el espíritu judío como ajeno a la cultura alemana, a la vez que, de teóricos de la antropología racial, que prestaban apoyo científico falso. La ideología *Völkisch* configuró la base y el entramado ideológico como pretexto para el nacimiento, pocos años después, del partido nazi; para que pudiera surgir un Adolf Hitler y pudiera convencer a la población desde arengas en las que se daban la mano el nacionalismo étnico y el populismo.

En este ambiente, aparece Wilhelm Marr (Magdeburgo, 1819 – Hamburgo, 1904), considerado el «padre» del antisemitismo moderno. Político y escritor, fue el autor del ensayo «*La victoria del judaísmo frente al germanismo desde un punto de vista no confesional*»,

12 Serguéi ALEKSÁNDROVICH NILUS (1862–1929) fue un escritor religioso ruso, autoproclamado místico y agente de la policía secreta de la Rusia Imperial. Nilus ganó fama propagando que los protocolos eran las actas de una reunión de líderes judíos en el primer congreso sionista de Basilea, Suiza, en 1897, en el que los judíos habrían tramado conquistar el mundo.

13 El Movimiento *Völkisch* se inspira en las tradiciones de los antiguos germanos reconstruidas sobre una base romántica por los seguidores del movimiento. Estuvo muy activo desde finales del siglo XIX hasta la época nazi, y, junto a las múltiples manifestaciones antisemitas, fueron fuente de inspiración para el nacionalsocialismo de Hitler.

que produjo un enorme impacto, y en el que acusaba a los judíos «de ser liberales, un pueblo sin raíces que había judaizado a los alemanes más allá de la salvación».

Es comúnmente aceptado que el término «antisemitismo» aparece por primera vez en este ensayo, que Marr publicó el 2 de septiembre de 1879. Quienes así opinan mantiene la idea de que esquivó —deliberadamente— el uso del término «antijudío» (todavía muy generalizado en la época) para eludir cualquier tipo de connotación religiosa. Sin embargo, Alexander Bein¹⁴, considerado el historiador del Movimiento Sionista por excelencia, defiende que el origen del término «antisemitismo» ha de atribuírsele a Moritz Steinschneider (Moravia, 1816 - Berlín, 1907), valorado como uno de los más reputados biógrafos del judaísmo, quien, en su *Bibliografía Hebrea*, de 1860, reaccionó críticamente al filósofo racista Ernest Renan cuando este afirmó que las «Razas Semíticas» eran inferiores a las «Razas Arias». Si Wilhelm Marr no fue el creador del término «antisemitismo», admitamos, en todo caso, que fue el que hizo que ganara espacio público. Una vez más, se confirmaba la «hoja de ruta» del antisemitismo: la violencia verbal aportaba «argumentos» con los que justificar la violencia física.

Como político, Marr dirigió toda su acción contra la emancipación de los judíos en Alemania. En 1862, siendo miembro del Parlamento de Hamburgo, publicó un artículo en el periódico *Courier an der Weser* con el que dirigió un duro ataque contra el presidente de esa Cámara, Isaac Wolffson, acusándole de abusar de su emancipación con el único interés personal de ingresar en la clase mercantil de la ciudad. Y es que, para Wilhelm Marr la emancipación de los judíos, como consecuencia del liberalismo alemán, había dejado en manos de estos el control de las finanzas y la industria germánicas. Para que esta situación remitiera, en 1879 creó la *Liga Antisemita* desde la que pretendió combatir la supuesta amenaza que representaban los judíos para Alemania, abogando, como única medida efectiva, por su expulsión forzosa del país. Es a partir de este momento cuando el término «antisemitismo» empieza a popularizarse.

Con el avance en el conocimiento científico y el progreso tecnológico del último tercio del siglo XIX —especialmente en el ámbito de la biología humana, la psicología, la genética y la evolución—, algunos intelectuales y políticos desarrollaron una percepción racista que pretendía clasificar a los seres humanos según su raza. Así, los antisemitas de la época extendieron la idea de que los judíos pertenecían a una raza inferior cuyas taras podrían contribuir a la degeneración de la raza aria, considerada como una raza superior a la semita.

El diplomático y filósofo francés, Joseph Arthur de Gobineau (Ville-d'Avray, 1816 - Turín, 1882) es considerado como el padre teórico del racismo. Entre 1853 y 1855 publicó una historia de las civilizaciones desde una perspectiva étnica en la que concluye que hay una jerarquía de razas, la blanca, la amarilla y la negra (estas dos últimas como variedades

14 Alexander BEIN (1903-1989). *La cuestión judía. Una biografía de un problema mundial*. Es el historiador del Movimiento Sionista por excelencia. En 1934, elabora su monumental biografía sobre Theodor Herzl. Autor, entre otras obras, de *El antisemitismo moderno*.

inferiores), y sitúa a los arios en la cúspide de la raza blanca, en la que los judíos no tienen cabida porque estima que son inferiores¹⁵.

Basándose también en la pseudociencia de la eugenesia racial, sostenían que los judíos propagaron su supuesta nociva influencia para debilitar a las naciones de Europa central no sólo mediante métodos políticos, económicos y de los medios de comunicación, sino también «contaminando» literalmente la supuesta sangre aria pura a través de la endogamia y las relaciones sexuales con no judíos. Argumentaban que los judíos hacían esto deliberadamente para socavar la voluntad y la capacidad de los alemanes, franceses o húngaros de resistir un «impulso judío» biológicamente determinado para dominar el mundo.

Se basaron en antiguos estereotipos para sostener que los judíos se comportaban de la forma en que lo hacían, y no cambiarían, debido a las características raciales innatas heredadas desde los albores del tiempo.

El pensador británico nacionalizado alemán Houston Stewart Chamberlain (Hampshire, 1855 – Baviera, 1927), propugnaba la conservación de la cultura alemana gracias a la lucha para mantener controlados todos los elementos extraños, como los judíos a quienes catalogaba como subraza. Su obra llegó a tener una gran influencia en los movimientos pangermánicos de principios del siglo xx, y más tarde influyó en el antisemitismo de la política racial nazi¹⁶.

En Francia, por su parte, la derrota de los franceses en Sedán y la captura de Napoleón III, en 1870, pusieron fin a la guerra franco-prusiana y al Segundo Imperio francés. Francia perdía, en favor de Prusia, los industrializados territorios de Alsacia y de una gran parte de Lorena, y se consumía en una profunda crisis de identidad nacional de la que culparían a los judíos en la persona del capitán de artillería Alfred Dreyfus, de origen judío-alsaciano. Un tribunal militar, tras falsear las pruebas, le acusó de alta traición por haber facilitado información secreta al ejército prusiano, y lo condenó a cadena perpetua. Poco más de un año después de haber sido condenado, se comprobó su inocencia y se identificó al verdadero traidor, el mayor Ferdinand Walsin Esterházy; pero el Estado Mayor se negó a rectificar.

En este estado de cosas, al antisemitismo francés se sumaría un componente nuevo que actuó como esencial cooperador: la prensa y su poder expansivo, que tanta proyección alcanzó en el caso Dreyfus. Por una parte, el diario antisemita *La Libre Parole*, cuyo

15 Joseph ARTHUR DE GOBINEAU (1816–1882) Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas (Libro Primero, Capítulo XII: «Cómo se han separado fisiológicamente las razas, y qué variedades han formado luego con sus mezclas. Las razas difieren en vigor y belleza» y Conclusiones Generales).

16 Houston STEWART CHAMBERLAIN (1855–1927): Pensador británico nacionalizado alemán. Es el autor de la obra *Los fundamentos del siglo XIX* en la que afirmaba la superioridad de la raza aria en función de la mayor altura y el tamaño superior del cráneo de los teutones. El antisemitismo germánico y de otros lugares de Europa creyó disponer de un sólido soporte científico para sus seculares prejuicios contra la raza judía.

fundador y director fue Édouard Drumont¹⁷, hizo especial hincapié en el origen judío de Dreyfus, influyendo en el desenlace del mismo. Llegó a imprimir doscientos mil ejemplares diarios (advértase, pues, la fuerte repercusión social de este medio). Por otra, el periódico *L' AURORE* publicó un artículo de Émile Zola, «J' Acuse... j» que dirigió, a modo de carta abierta, al presidente de la República, Félix Faure. En su misiva pública Zola revelaba el escándalo que supuso la manipulación y falseamiento de pruebas contra Dreyfus, así como la existencia en la sociedad francesa de un núcleo de violento nacionalismo y antisemitismo difundido por una prensa sumamente influyente.

A partir del artículo de Émile Zola, el *Affaire Dreyfus* polarizó a la sociedad francesa en un debate entre defensores y acusadores del militar que no ocultaba sentimientos antisemitas.

Esta ola de antisemitismo en la que el prejuicio secular se convirtió en doctrina aspiraba, como hemos visto, a construir un movimiento de carácter político y social con el principal fin de hostilizar y segregar a los judíos; es decir, nace con una idea y un programa cuya base son las ideas raciales de su época y construido con un objetivo claro.

Tras la palabra y las teorías, vendrían, no mucho después, los hechos. A finales del siglo XIX se inició una despiadada escalada que, alimentando una ideología irracional vinculada al nacionalismo, culminó con uno de los más horribles episodios cometidos por la humanidad, como fue el *Holocausto*, en la Alemania nacionalsocialista. Y todo ello en un contexto en el que, con Hitler en el poder, se promulgaron las Leyes Raciales de Núremberg, por medio de las cuales los judíos alemanes perdieron cualquier derecho civil y político.

Hannah Arendt (Hannover, 1906 – Nueva York, 1975) escritora y teórica política alemana (nacionalizada norteamericana en 1951), denunció que estas reacciones antisemitas no eran prejuicios aislados, sino que fueron consolidándose en torno al nacionalismo tribal que «debió parte de su atractivo al desprecio por el individualismo liberal, el ideal de la humanidad y la dignidad del hombre». Así lo escribió en su obra *Los orígenes del totalitarismo*¹⁸.

El exterminio que se produjo, especialmente, en la segunda mitad del siglo XX supuso la aniquilación de seis millones de judíos. Así lo confirman los datos demográficos relativos al censo de judíos distribuidos en los países europeos: la población judía en Europa antes de la Segunda Guerra Mundial era de prácticamente 10 millones. Finalizada la contienda, no llegaba a los cuatro millones de judíos.

17 Édouard DRUMONT (1844-1917) Además de escritor y periodista, fue diputado y líder del partido antijudío.

18 Hannah ARENDT (1906-1975) En *Los orígenes del totalitarismo*, Nueva York, 1951, Arendt indaga sobre las causas que propiciaron el fenómeno del totalitarismo, que tuvo su máxima expresión en los regímenes estalinista e hitleriano. El libro se divide en tres partes: *Antisemitismo*, que se desarrolla durante el siglo XIX, y sobre el que se asientan las bases del movimiento nazi; *Imperialismo*, en donde se analizan los orígenes y los rasgos del imperialismo europeo desde finales del siglo XIX hasta la Gran Guerra de 1914, y *Totalitarismo*, dedicado al análisis de los totalitarismos nazi y soviético en el contexto de su radical novedad histórica.

El antisemitismo tuvo su contestación con el nacimiento del SIONISMO frente a la opresión secular padecida por los judíos. El término «sionismo» se inspira en Sión, que en hebreo designa a la colina de la parte noreste de Jerusalén donde se encontraba el templo de Salomón, símbolo de esta ciudad santa. No cabe duda, por lo tanto, de que el sionismo reivindica el vínculo de los judíos con la histórica región de Palestina. Sin embargo, las causas del nacimiento de este movimiento hay que buscarlas, sobre todo, en los límites y problemas que tuvo la comunidad judía en su intento de asimilación con aquellos países europeos —principalmente, Europa Central y Rusia— en los que se asentaba de manera mayoritaria.

Significa esto que el contexto histórico en el que nace el sionismo es contemporáneo al del auge de los nacionalismos en Europa. Varias nacionalidades europeas carecían de un Estado constituido, como era el caso de Polonia o de Chequia, que luchaban por establecer su propio Estado. Los judíos que vivían en Europa, inspirados por las teorías sionistas, también aspiraban a lo mismo. Pero, a diferencia de las otras nacionalidades europeas, estos tenían un gran problema: carecían de un territorio definido sobre el que formar ese futuro Estado.

No obstante, considerando lo anterior como factor principal que explica el porqué del sionismo, esta muestra, también, un carácter heterogéneo (según sus consideraciones religiosas, culturales, y políticas) tanto antes de la creación del Estado de Israel como después de su nacimiento. Así, se puede hablar del sionismo revisionista (representado por el partido Likud, que sustenta hoy al gobierno israelí presidido por Benjamín Netanyahu), socialista, general, religioso, incluso ateo, entre otros. No requiere, pues, ningún tipo de *filiación* a un partido político que nazca en el seno de esta corriente, sino la *adscripción* al movimiento ideológico.

El sionismo es, por lo tanto, una ideología política que parte del principio religioso que une a todos los judíos y propugna la creación de un Estado para ellos en el que poder vivir de una forma segura y permanente.

El fundador del sionismo fue Theodor Herzl (Budapest, 1860 – Edlach, Baja Austria, 1904), un periodista y escritor austrohúngaro, autor del libro *El Estado Judío*, publicado en 1896. Durante el Primer Congreso Sionista, que se celebró Basilea, Suiza, en 1897, fue creada la Organización Mundial Sionista (OMS), desde la que se conectaría de nuevo a los judíos con su antigua tierra, y cuyo primer presidente fue Herzl.

Antes, en 1891, Theodor Herzl asumió la corresponsalía del periódico vienés *Neue Frei Presse*, cuya línea editorial era afín a la corriente liberal austríaca. En el país galo siguió atentamente el caso *Dreyfus* (del que ya hemos hablado), lo que supuso para él la implicación emocional con respecto del problema judío al que no le había concedido, hasta ese momento, especial atención. El propio Herzl llegó a reconocer que fue el juicio a Dreyfus lo que le hizo sionista. La consecuencia fue la aparición *El Estado Judío*, que tuvo un impacto enorme en todas las comunidades judías de la Europa Occidental y Oriental debido, en parte, al ambiente que se había generado en torno al injusto proceso judicial del que fuera víctima el capitán de Artillería francés. En su libro concretó los sentimientos de las personas que anhelaban el establecimiento de un Estado judío e hizo un llama-

miento a todos los judíos del planeta para que se organizaran y emplearan todos sus esfuerzos por tener su propio territorio y, finalmente, crear un Estado.

Herzl consideraba que los judíos son un pueblo aparte que, tras siglos de diáspora, terminaron conviviendo alrededor del mundo con otros pueblos que les despreciaban. De ahí que incorporara un nuevo concepto que se basaba en rechazar los insistentes anhelos de los judíos residentes en los diversos países europeos a conseguir su emancipación y su asimilación. Esas aspiraciones habían fracasado porque la Historia demostró, reiteradamente, que la convivencia era imposible. Se trataba, muy al contrario, de crear un Estado propio¹⁹ en la Palestina histórica que pusiera fin a dos milenios de vida en el exilio; un Estado, en fin, independiente y soberano para todos los judíos del mundo.

Para tal fin actuó como un activo embajador del sionismo, sabedor de la importancia de la diplomacia internacional, con independencia de que su cometido contara con el apoyo inmediato o su petición encontrara como respuesta la frialdad por parte del receptor. Durante los dos años previos a su muerte, Herzl se reunió con diversos políticos británicos —sobre cuyas acciones nos referimos a continuación— como Arthur Balfour y Lionel Rothschild y Lloyd George a los que convencería acerca de la necesidad de constituir un Estado judío en tierras palestinas. Sus teorías no cayeron en saco roto y todos ellos allanaron el camino que condujo a las comunidades judías al nuevo Estado de Israel.

III. Hacia la creación del Estado de Israel

En efecto, los esfuerzos de Theodor Herzl por solucionar la dramática situación que padecían los judíos de su tiempo, que ya hemos descrito, empezaron a dar sus frutos. Los contactos con personajes clave de la política —especialmente, británicos— fueron decisivos para la consecución de sus propósitos.

Arthur James Balfour (Whittingehame, Escocia, 1848 – Woking, Inglaterra, 1930). Político conservador, fue líder de los *tories* y Primer Ministro, entre los años 1902 y 1905. Bajo su mandato, mejoró las relaciones exteriores, especialmente con Francia, con la que firmó una serie de tratados relativos a la no agresión y regulación de la expansión colonial entre esta y Reino Unido. Estos acuerdos son conocidos como *Entente Cordiale*.

En 1916, en plena Primera Guerra Mundial, ocupó el cargo de Secretario del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Mancomunidad de Naciones, en el gobierno presidido por David Lloyd George. Desde esa responsabilidad política —y valiéndose de la ocupación

19 Theodor HERZL (1860–1904). Ante la creciente persecución a los judíos y el convencimiento de que la solución pasaba por la creación del Estado judío en Palestina, Herzl intentó primero, sin éxito, obtener una «carta» o decreto del sultán otomano Abdul Hamid II apoyando la creación de un Estado autónomo en tierras palestinas, bajo dominio del Imperio Otomano. A cambio, el periodista sionista emprendería una intensa campaña mediática con la que alterar la imagen negativa del sultán como consecuencia de las masacres ordenadas por este contra la población armenia.

británica en Siria y en Palestina tras haber derrotado al ejército otomano, en 1917—, Balfour consiguió el pronunciamiento de un compromiso formal del gobierno británico en el que se anunciaba que este respaldaba la creación de un «hogar nacional para el pueblo judío». Se trata de la llamada *Declaración Balfour* que vio la luz el 2 de noviembre de 1917.

La carta, breve en extensión, pero determinante en el contenido²⁰, tenía como receptor a Lionel Walter Rothschild (Londres, 1868 - Londres, 1937), un político conservador, que comulgaba con el sionismo, al que Balfour le pidió que informara a la Federación Sionista de la decisión del gobierno británico. Era miembro de una familia de banqueros que financiaron la compra terrenos en Palestina para facilitar los asentamientos judíos.

La *declaración* significó el apoyo inequívoco por parte de una potencia mundial, como lo era Reino Unido, a los anhelos del sionismo. No en vano, en cada una de las palabras de esa exigua misiva se confirmaba el espíritu que animó a Theodor Herzl a proponer la creación de un «hogar nacional judío».

Queda claro, pues, que el despliegue de influencias sionistas, a través de la OMS, obtuvo una respuesta más que satisfactoria a sus propósitos al conseguir que el Tratado de Versalles incorporara la Declaración Balfour y acordara la creación de la Sociedad de las Naciones —también llamada Liga de Naciones—, en junio de 1919. El cometido de este organismo internacional (antecedente inmediato de la Organización de Naciones Unidas) era el de asegurar la paz y la seguridad en el mundo. El instrumento ideado para tal menester fue el del «sistema de mandatos», establecido en el artículo 22 del referido Tratado, que encargaba a las potencias aliadas, la *Triple Entente*, es decir, las que vencieron en la Gran Guerra, la administración de los territorios dominados por los países vencidos. Esto significa que el Imperio Otomano, que había apoyado a la derrotada Triple Alianza (Alemania, el Imperio Austro-húngaro e Italia), tuvo que firmar su rendición, a partir de la cual se produjo la fragmentación y repartición de sus antiguos dominios. La Sociedad de las Naciones otorgó el mandato a Reino Unido para que administrara los territorios de Palestina, Irak y Transjordania. La Declaración Balfour fue incluida en el Mandato Británico, en 1917, con lo que el triunfo de la Organización Mundial Sionista parecía incuestionable.

Más allá del nítido apoyo británico a la causa judía, la declaración carecía, no obstante, de un soporte jurídico mínimamente aceptable en lo relativo al Derecho Internacional —pues el

20 Carta íntegra Balfour:

Estimado Lord Rothschild.

Tengo gran placer en enviarle a usted, en nombre del gobierno de su Majestad, la siguiente declaración de apoyo a las aspiraciones de los judíos sionistas que ha sido remitida al gabinete y aprobada por el mismo.

«El gobierno de su Majestad ve favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y usará sus mejores esfuerzos para facilitar el logro de este objetivo, quedando claramente entendido que no debe hacerse nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los derechos y el estatus político que disfrutaban los judíos en cualquier otro país».

Estaré agradecido si usted hace esta declaración del conocimiento de la Federación Sionista. Arthur Balfour.

término «hogar nacional» era, por impreciso, confuso—, y, además, ofrecía fundadas dudas acerca de su más que frágil compromiso político con el pueblo palestino. Esto es, se había concebido con una calculada ambigüedad: por un lado, no se especificó la dimensión territorial en la que se asentaría la comunidad judía, con lo que el pueblo palestino —que en esos momentos era diez veces superior al judío— desconocía, asimismo, las condiciones que para él se reservaban. Y por otro, no se hacía referencia alguna a las promesas de Reino Unido al pueblo palestino sobre la independencia de este para poder formar un gran Estado árabe unido. Tan solo se hablaba de derechos civiles y religiosos de las «comunidades no judías». Dicho de otra manera: se omitía cualquier referencia al concepto de «derechos políticos» en favor de la determinación del pueblo palestino. Y es que Gran Bretaña pidió a los jefes árabes de la región palestina que se rebelaran contra el poder otomano —bajo el que estaban sometidos— a cambio de ofrecerles el apoyo a la constitución de una nación, libre e independiente, al finalizar la Primera Guerra Mundial. La promesa se hizo en 1915. Los palestinos cumplieron. Los británicos, no. Tan solo dos años después, en 1917, a través de la conocida carta Balfour, quedaban al descubierto las intenciones del gobierno británico con respecto del pueblo palestino: la misma promesa que se les hizo a los palestinos se les había hecho, también, a los judíos.

Y, para abundar más aún en el enredo, ese mismo año, se desveló el pacto secreto entre el aristócrata inglés, Mark Sykes y el diplomático francés, François Denis Georges-Picot, firmado en 1916 y conocido oficialmente como el *Acuerdo de Asia Menor*. Un acuerdo entre Reino Unido y Francia en el que participó la Rusia zarista —a la que se le ofreció el control del estrecho de los Dardanelos para asegurarse una salida al Mediterráneo desde el Mar de Mármara a cambio de que se implicara en la Primera Guerra Mundial contra Alemania—, y en el que quedó excluida la implicación de los líderes nacionalistas árabes.

Es decir, a la vez que se les hacían proposiciones de independencia a los árabes, estas dos potencias europeas se repartían los territorios que durante más de cuatro siglos habían estado bajo el dominio del ahora derrocado Imperio Otomano, 1516 a 1918. De esta manera, se diseñaron dos zonas —«A» y «B»— separadas por unas líneas que definían los territorios sobre los que las dos potencias, Reino Unido y Francia, colmarían sus ambiciones coloniales. Los británicos dominarían Palestina, Jordania e Irak, y los franceses, Líbano y Siria. En definitiva, se trataba de *«nuevos países con vocación de cajón de sastre, que no se corresponden a distinciones religiosas, tribales o étnicas, y que en la práctica agruparon con calzador a diversas comunidades que desde el final de las Cruzadas hasta el colonialismo europeo del siglo XIX habían vivido separadas»*²¹.

En abril de 1920 se celebró la Conferencia de San Remo, cuyo objetivo no era otro que el de oficializar los Acuerdos firmados entre Sykes y Picot. Estas negociaciones, y sus correspondientes conclusiones, estaban encaminadas a salvaguardar los intereses económicos y geopolíticos, principalmente del Imperio Británico, con especial atención al control sobre el Canal de Suez. Y todo ello, sin cuestionar necesariamente la capacidad de influencia que, como hemos indicado, ejerció el sionismo, y las simpatías que este pudiera despertar ante las atrocidades contra el colectivo judío de ese tiempo (lo que

21 Pedro RODRÍGUEZ. «Sykes-Picot: la línea en la arena que durante un siglo ha marcado Oriente Medio». *Revista Cuenta y Razón*, n.º 40. p. 51.

inspiró, especialmente en Reino Unido, un sentimiento solidario y condescendiente, no exento de una cierta «caridad cristiana», entendida como tal en la época a la que nos estamos refiriendo).

El sistema de «mandatos» establecido por el Tratado de Versalles y gestionado por la Sociedad de las Naciones dejó sin efecto este Acuerdo. Pero el mal ya estaba hecho. Esa frivolidad histórica, unida a la extemporánea e irresponsable ambición colonial con que procedieron las potencias europeas, marcarían la historia reciente basada en guerras y destrucción.

IV. El nacimiento convulso de un Estado

Al principio de este artículo, hicimos referencia a los textos del Antiguo Testamento en los que podríamos vislumbrar, con una generosa dosis interpretativa e imaginativa, el origen del enfrentamiento entre dos pueblos, el hebreo y el filisteo, que, con los vaivenes de la Historia —y de la religión—, se irían conformando como israelitas y palestinos.

Pero son los episodios antisemitas de finales del siglo XIX y comienzos del XX (aun cuando ya venían manifestándose con anterioridad) en los que se entremezclaban persecuciones, masacres, engaños y frustraciones, los que nos permiten descender al estudio y al análisis del acontecimiento histórico, abundantemente documentado, sin necesidad, por lo tanto, de recurrir al inconsistente soporte «científico» que nos proporciona la tradición o la leyenda.

Hemos insistido en la *Declaración Balfour*. Sabemos de ella que fue ambigua, de la misma manera que sabemos que se le dotó, deliberadamente, de una estructura débil e imprecisa en sus fundamentos jurídicos. Pero somos conscientes, asimismo, de que esta *declaración* constituyó la columna vertebral que dio solidez al entramado que concluiría con la creación de un «hogar nacional» para el pueblo judío, primero, y de un Estado, el de Israel, después.

Como tantas veces se ha podido leer en un buen número de estudios relativos al conflicto palestino-israelí, ese «papel de tan solo 67 palabras» —la carta Balfour— cambió la historia de Oriente Medio y prendió la llama de un fuego que reactivó los odios ancestrales y que hoy en día sigue calcinando cualquier posibilidad de convivencia pacífica.

Y es que materializar la idea de la creación de un Estado único, propugnado por Herzl y ratificado por Balfour, conllevaba la transformación del movimiento sionista en un proyecto colonial ya que el éxito de la empresa dependía del asentamiento de las comunidades judías, mediante la adquisición o apropiación paulatina del territorio, estableciendo colonias²² Desde 1881 hasta 1945 se produjeron seis importantes migraciones hacia la

22 Inmigraciones judías a Palestina: tras la acusación contra los judíos del asesinato del zar Alejandro II, en 1881, y los violentos pogromos contra ellos desatados, se inició la primera oleada, o

«Tierra Prometida», siendo las más numerosas la cuarta y la quinta, que coincidieron con el avance del nacionalsocialismo y la negativa de los países europeos a abrir sus fronteras a las comunidades judías perseguidas. Se estima que el total de la población judía que emigró desde Europa a tierras Palestinas durante estas seis oleadas (*alliot*) estuvo en torno a las 600.000 personas²³. En el referido período 1881-1945 la población judía que se fue asentando en la Palestina histórica pasó de un 4 % a un 31 %.

Ante esto, el pueblo palestino se sintió inseguro porque esa progresiva presencia judía supuso para él una inevitable amenaza. Así, las protestas que enfrentaron a las comunidades judías con el pueblo palestino alcanzaron tales niveles de violencia que presagiaban, ya por aquel entonces, que el conflicto entre ambos pueblos no sólo tenía difícil solución, sino que, como la realidad está demostrando, el odio y la sed de venganza se convertirían en las armas más letales con las que alimentar la guerra.

Muchos estudiosos del conflicto israelí-palestino señalan los años 1947 (cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Resolución 181 en la que recomendaba la división de Palestina en dos Estados, uno judío, y árabe, el otro) y especialmente, 1948 con la Declaración de independencia de Israel. Sin embargo, otros expertos en el conflicto de Oriente Medio adelantan en el tiempo —una década, más o menos— los inicios de los enfrentamientos entre ambos pueblos cuyo grado de violencia se han venido manifestando, irreconciliable, hasta nuestros días. Creo que es difícil interpretar el porqué de esa violencia a partir de 1948, y hasta nuestros días, sin antes atender a unos acontecimientos previos al nacimiento del Estado de Israel.

En este sentido es obligado referirnos a dos revueltas que definieron con nitidez lo que, a partir de las mismas, constituirían las relaciones incompatibles entre los pueblos judío y palestino. Veamos:

Durante los primeros días de agosto del año 1929, la comunidad judía fue objeto de reiterados ataques perpetrados por los palestinos mientras rezaba ante lo que esta llama *Muro Occidental*, o de las *Lamentaciones*, y los musulmanes lo denominan *Muro Buraq*²⁴. A mediados de este mes, los judíos se manifestaron en Tel-Aviv exigiendo el control del Muro (sobre el que los musulmanes reclamaban los derechos). Para la colectividad judía este Muro significa el lugar más sagrado del judaísmo porque es un vestigio del Templo de Jerusalén cuya construcción es atribuida a Herodes el Grande, por unos, y Agripa II, por otros. El día 15 de agosto, trescientos jóvenes entonaron el himno sionista y enarbolaron

«aliá» de inmigración judía a Palestina. Se inició la compra de tierras a los otomanos. Luego, la fundación del movimiento sionista, la declaración Balfour, la Primera Guerra Mundial, el avance del nacionalsocialismo y el Holocausto que este cometió fueron causa de otras tantas oleadas «alio».

23 Remitirse al contenido de la nota anterior.

24 *Al-Buraq*: es el nombre con el que el Corán se refiere al animal —un caballo alado, blanco y con cabeza de mujer— que transportó a Mahoma desde La Meca a Jerusalem: «Gloria a aquel que ha transportado, durante la noche, a su servidor desde el templo sagrado de La Meca al templo lejano de Jerusalén... Muhammad llegó a Jerusalén volando a lomos de su caballo, al-Buraq, que tenía cabeza de mujer» (*Corán*, 17:1).

su bandera frente al Muro. Se trataba de la *sublevación de al-Buraq*. Un día después, los musulmanes se desplazaron al Muro ocasionando serios desperfectos. La escalada de la violencia desembocó en el ataque al colectivo judío en la Ciudad Vieja de Jerusalén desde donde se extendió a otras ciudades como Sefed y Tel-Aviv, si bien fue en la ciudad de Hebrón donde se produjo la mayor y más sangrienta revuelta: la *Masacre de Hebrón*. Esta era una ciudad en la que convivían árabes y judíos hasta que el Gran Muftí de Jerusalén, Hajj Amin al-Husseini (que más tarde se alió con la Alemania nacionalsocialista, ejerciendo de propagandista en lengua árabe y formando batallones nazis en Yugoslavia) ordenó la matanza de los judíos bajo el subterfugio de que estos iban a quemar la mezquita de al-Aqsa. Fueron asesinados 67 miembros de la comunidad judía y 66 fueron heridos. Se había creado un universo en el que las diferencias entre ambos pueblos se hicieron irreconciliables.

El otro conflicto que causó graves enfrentamientos entre ambos pueblos fue el conocido como la *Gran Revuelta Árabe* (1936-1939) o, también, *La Gran Rebelión Palestina*. Las causas obedecen a factores de diversa y compleja naturaleza. En primer lugar, el derecho del pueblo palestino a constituirse como un Estado independiente demandando, en consecuencia, el cumplimiento de las promesas británicas de 1915. En segundo lugar, el carácter antisionista de la revuelta ante las concesiones amplias que los británicos hacían a las comunidades judías en detrimento del pueblo palestino (principalmente, la permisibilidad en la adquisición de tierras palestinas que pasaban a ser propiedad de los judíos y, como hemos visto, la ocupación gradual de la colectividad judía en los territorios de la Palestina Histórica). En tercer y último lugar, la reacción anticolonial dirigida al administrador del «mandato» en contra de las prácticas represivas de este hacia los palestinos.

Pero este movimiento va más allá de una revuelta puntual contra quienes son considerados invasores de un territorio concreto. La Palestina post-otomana mejoró, en apariencia, su estatus social y económico. Pero la realidad era otra porque el proyecto sionista adquirió decenas de miles de hectáreas a los propietarios palestinos despojando, así, de su medio de vida a multitud de campesinos árabes; el capital judío impulsó la actividad industrial, pero los beneficios repercutieron en la clase judía, que controlaba casi el 80 % de las industrias instaladas en Palestina y era la receptora del 90 % de las concesiones otorgadas por el gobierno británico. A esta situación hay que sumar la pérdida de identidad de un pueblo que, pese a ello, aspiraba a ser nación.

En este contexto surgió una de las figuras más relevantes de la época que, con su fuerte carisma, inspiró la Gran Revuelta Palestina, aun cuando murió un año antes de que esta se iniciara. Nos referimos al jeque Izzedin al-Qassam (1882-1935), un influyente predicador musulmán y representante del frágil nacionalismo árabe, que se hizo fuerte entre la población palestina más desfavorecida —especialmente el campesinado— y lideró el grupo armado la «Mano Negra», del que fue su fundador, en 1930, y desde el que emprendió múltiples ataques mortales contra objetivos británicos y judíos. Cinco años después, en una operación guerrillera, fue abatido por los británicos. Para los árabes, había nacido un mártir.

Al-Qassam fortaleció el sentimiento identitario palestino dirigiendo toda su energía a la lucha contra los únicos enemigos comunes: el sionismo y el colonialismo británico. Para

ello, intentó unir a un pueblo fragmentado por clases sociales, culturales y económicas tanto en los ámbitos rurales como en los urbanos. Pero una sociedad radicalizada y en permanente confrontación militar (a la que él no era ajeno) frustró sus propósitos.

No obstante, tras la heroica muerte —así considerada por los palestinos— de al-Qassam se produjeron disturbios que dieron origen a una huelga general que se prolongaría durante tres años. El objetivo de los árabes palestinos era exigirles a los administradores del Mandato que limitaran las aspiraciones y logros de los judíos, aunque el fin último de los disturbios consistía en la expulsión de los británicos de Palestina. El gobierno británico respondió con medidas contundentes: aplicó duras sanciones económicas a la población palestina, destruyó pueblos y aldeas y demolió miles de casa en las ciudades. La violencia se había desatado y el terrorismo se convirtió en un fenómeno cotidiano practicado tanto por los grupos armados palestinos como por los judíos. El balance de víctimas fue de más de 5.000 palestinos muertos y 10.000 heridos; sobre 300 muertos judíos y algo más de 250 británicos.

Para Gran Bretaña se imponía la necesidad de acabar con la caótica situación generada por la huelga general y los sangrientos disturbios que conformaron la Gran Revuelta Árabe. La necesidad de poner fin a esta caótica situación obligó al administrador del Mandato a reconsiderar las reivindicaciones del pueblo palestino con lo que los británicos reorientaban sus políticas con respecto a Oriente Medio. Así, en mayo de 1939 se publicó el Libro Blanco, que fue aprobado por la Cámara de Representantes y cuyo nombre oficial era «Declaración de Política Palestina», conocido también como el *Libro Blanco de McDonald*. En él se limitaba la compra de tierras por parte de los judíos y se prohibían las transferencias de tierras palestinas a organismos judíos; se restringía severamente la inmigración de las comunidades judías limitándolas a un máximo de un tercio de la población total en un plazo de cinco años, siempre que la situación económica del país lo permitiese (esta propuesta generó una gran controversia —y el rechazo de plano por parte del colectivo judío internacional— porque en esos momentos estaban gravemente amenazadas por el régimen nazi ante el desarrollo del plan de la «solución final», que consistía en el exterminio total de los judíos en los países ocupados por Hitler); se proponía la creación de un Estado binacional árabe-judío que, tras diez años en los que se demostrara factible la convivencia entre ambos pueblos, lograrían la independencia.

El Libro Blanco de McDonald no satisfizo a nadie. Todo lo contrario. A la decepción de los palestinos hubo que sumar la indignación de los judíos.

La Gran Revuelta Árabe puso de relieve que el conflicto entre dos naciones con objetivos diametralmente opuestos era de carácter irreconciliable. De hecho, esta revuelta es considerada por muchos como el preludio de la guerra declarada entre árabes y judíos por la propiedad exclusiva de Palestina.

El Mandato británico se mostraba frágil en sus métodos y en sus objetivos. Lejos de resolver un conflicto, hasta entonces local, entre judíos y palestinos, ahora se había proyectado más allá de sus fronteras alcanzando dimensiones internacionales y conformando bloques comprometidos con la causa palestina o la judía. Reino Unido, consciente de su fracaso, no tardaría en trasladar el problema a Naciones Unidas, lo que ocurrió en febrero de 1947.

Tan solo dos años después de que finalizara la Segunda Guerra Mundial, la Asamblea General de Naciones Unidas constituyó el Comité Especial de Naciones Unidas para Palestina. Se le encargó la elaboración de un informe sobre el posible modelo de Estado que podría aplicarse a Palestina, así como la definición de sus fronteras. El resultado fue la confección de dos informes, que se presentaron el 1 de septiembre de ese año. El primer informe, suscrito por ocho de los once miembros que componían el Comité, proponía la partición de Palestina en dos Estados —uno israelí y el otro palestino— con una Unión Económica y una zona, la ciudad de Jerusalén, bajo control internacional. El segundo informe, tan solo respaldado por los tres miembros restantes del Comité, se decantó por el establecimiento de un solo Estado con estructura federal y régimen democrático en el que convivieran ambos pueblos a través de organismos políticos comunes.

La comunidad judía aceptó la propuesta al considerar que el plan de división del territorio de Palestina favorecía claramente al futuro Estado judío²⁵. No así la comunidad árabe, que veía cómo la influencia sionista había impuesto sus criterios, abultadamente ventajosos para la comunidad judía, en perjuicio de los intereses de la comunidad árabe.

El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General de Naciones Unidas (AGONU) aprobó el plan de partición bajo la denominación *Resolución 181*. Para el sionismo, su sueño se había hecho realidad; para los árabes palestinos, era el principio de una pesadilla transformada en tragedia. Dicho de otra manera, lo que pudo ser el final de un proceso que culminara instalando la paz entre dos pueblos, significó de un conflicto sangriento —cuyos antecedentes pudimos localizarlos en las revueltas de al-Buraq y la Gran Revuelta Árabe— que perdura, con mayor virulencia, aún, en nuestros días.

El 14 de mayo de 1948, David Ben Gourion proclamó el Estado de Israel. Esta declaración de independencia fue respondida por la comunidad árabe con una declaración de guerra. En efecto, tan sólo un día después, el 15 de mayo, se iniciaba la guerra árabe-israelí que perduraría hasta mediados de 1949 tras la firma de armisticios con Egipto, Líbano, Transjordania y Siria. La victoria israelí significó la consolidación del nuevo Estado mientras que para la coalición árabe supuso el comienzo de la *Nakba* —la desgracia o catástrofe— de una derrota militar y, sobre todo, moral que se tradujo en la pérdida de entre 10.000 y 15.000 vidas humanas y la expulsión de sus tierras de 700.000 palestinos. Cada vez más, las diferencias entre israelíes y palestinos se agrandaban en la misma proporción que se estrechaban las esperanzas de paz.

A esta contienda armada, a la que los israelíes llamaron «de la Independencia» y los palestinos, «de la Infamia» o «de la catástrofe», sucedieron otras disputas similares entre Israel y sus vecinos árabes. No faltaron las escaramuzas fronterizas que, en varias ocasiones, actuaron como detonante de conflictos de mayor envergadura. Uno muy

25 Con una población estimada en 1947 de 500.000 habitantes judíos frente a 1.200.000 palestinos, es decir cerca de un tercio de la población total, y la posesión de aproximadamente el 11 % de la tierra productiva del territorio, la partición le asignaba el 55 % de toda el área en disputa. Además, aunque el desierto de Neguev al sur de Palestina carecía de recursos agrarios y era una región tradicionalmente recorrida por los beduinos, otorgaba al futuro Estado judío una estratégica salida el Mar Rojo, hecho de gran trascendencia geopolítica.

significativo fue el conocido como la Guerra de los Seis Días o como *Guerra de 1967*. Los actores de la contienda fueron, además de Israel, Egipto, Siria, Jordania e Irak. La guerra, como su nombre indica, sólo duró seis días (del 5 al 10 de junio, ambos inclusive). La superioridad táctica de las tropas israelíes, con especial mención a la aviación, contribuyó al rápido desenlace del conflicto. Si la victoria de los israelíes en la Guerra de la Independencia consolidaba al recién nacido Estado de Israel, el triunfo en la Guerra de los Seis Días sentaba las bases ante la comunidad árabe de sus capacidades militares y su voluntad de emplearlas ante cualquier agresión. Israel incorporó a sus territorios la península del Sinaí, la Franja de Gaza, Cisjordania y los Altos del Golán. Esto convertía, sin embargo, a Israel como una potencia ocupante, lo que generó una permanente tensión social, política y militar ante una población árabe cada vez más enemiga.

Entre los días 6 al 25 de octubre de 1973, una nueva coalición árabe liderada por Egipto y Siria lanzó un ataque sorpresa conjunto contra Israel aprovechando la celebración del Yom Kipur por la comunidad judía²⁶. El campo de batalla no sería en territorio israelí —como sí que ocurrió en contiendas anteriores—, sino que se produjo en territorios árabes. La deflagración tenía por objeto la recuperación de la península del Sinaí, por parte de los egipcios, y de los Altos del Golán, por parte de los sirios. Ambos enclaves fueron conquistados por Israel en la Guerra de Los Seis Días. El acuerdo estableció la retirada del ejército israelí de la zona oeste del canal de Suez y la creación de un «colchón» entre los ejércitos judío y egipcio que sería ocupado por fuerzas de la ONU encargadas de verificar el cumplimiento de los acuerdos por parte de ambos bandos. Por otro lado, las negociaciones entre Israel y Siria determinaron la salida del ejército israelí de la zona este ocupada en los Altos del Golán durante el conflicto hasta las posiciones del alto el fuego de 1967.

V. La paz, ¿imposible?

La inevitable agitación de una región sacudida permanentemente por conflictos armados conllevaba, como necesidad consustancial, los intentos por alcanzar acuerdos de paz. Muchas han sido hasta el momento las implicaciones de la comunidad internacional encaminadas a desarrollar procesos de paz. Así, constituyó todo un hito la reunión entre Jimmy Carter (que ejerció de anfitrión), Menajem Begin y Anwar Sadat en *Camp David* (EE UU). Ese encuentro estuvo precedido por intensas negociaciones entre los mandatarios egipcio e israelí, y con el presidente de Estados Unidos como mediador. El 17 de septiembre de 1978 se firmó un acuerdo por el que Israel abandonaría el Sinaí por completo y Egipto reconocería la existencia del Estado de Israel. A este proceso de normalización en las relaciones entre Egipto e Israel, se sumaron otros avances como la autonomía para los palestinos en Cisjordania y la Franja de Gaza, así como distintos asuntos relacionados con la seguridad y la cooperación económica. Tales acuerdos, sin embargo, recibieron el rechazo del mundo árabe al considerar que no se había resultado suficientemente el problema palestino.

26 *Yom Kipur* es el día judío del arrepentimiento, considerado el día más santo y más solemne del año. Su tema central es la expiación y la reconciliación.

Otro intento por impulsar la paz en Oriente Medio se produjo a través de la *Conferencia de Paz de Madrid*, celebrada en 1991. El objetivo era tan ambicioso como necesario porque no sólo se buscaba lograr acuerdos de paz entre israelíes y palestinos, sino también que se hicieran extensivos al resto de la región. Esa es la razón por la que a la Conferencia asistieron, además de Israel y Palestina (aunque esta con la ausencia de la Organización para la Liberación de Palestina), delegaciones de Egipto, Siria, Líbano y Jordania. Obviamente, era imprescindible la presencia de la Comunidad Económica Europea. Los organizadores de la Conferencia enfocaron el método de trabajo basándose en dos conceptos: de manera bilateral entre los países afectados, y mediante conversaciones en sentido multilateral estableciendo grupos de trabajo. Aun cuando la apariencia sugiere apuntar a los escasos frutos que produjo esta Conferencia, la realidad, muy al contrario, es otra: la delegación jordano-palestina se dividió en dos y los palestinos pasaron a estar plenamente coordinados y dirigidos por la OLP. Se abrió un canal secreto de negociaciones en Oslo en el que miembros del gobierno israelí negociaron directamente con representantes de la OLP y lograron acuerdos con Jordania.

Así fue. Durante 1993 y 1995 se celebraron en Noruega importantes negociaciones entre el primer ministro israelí, Yitzhak Rabin, y el líder de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), Yasser Arafat. De estos encuentros, conocidos como los Acuerdos de Oslo, resultaron los pactos dirigidos a impulsar la paz entre israelíes y palestinos. Los primeros se comprometieron a devolver los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania, mientras los segundos ratificaban el derecho de existir de Israel. De esta manera, se estableció un autogobierno llamado Autoridad Palestina en la Ribera Occidental y la Franja de Gaza que implicaba la retirada progresiva de las fuerzas armadas israelíes. A su vez, el Estado de Israel continuaba construyendo asentamientos en el resto de territorios ocupados. Otro acuerdo importante fue el de tomar medidas de prevención contra actos de terrorismo y hostilidades entre ambos estados, así como la garantía de resolver antes de mayo de 1999 el resto de los temas, generalmente más controvertidos: Jerusalén, las fronteras, los refugiados y los asentamientos.

Pero los esfuerzos no dieron los frutos esperados porque los nacionalistas religiosos de ambos lados del conflicto hicieron lo posible por obstaculizar el proceso. Rabin fue asesinado por un extremista judío, y le sucedió, tras las elecciones de 1996, Benjamin Netanyahu, quien se había manifestado en contra de los acuerdos alcanzados por Rabin en Oslo. Suspendió lo pactado con lo que provocó tensiones entre ambas naciones.

Y así hasta nuestros días. Tiempos estos en los que la complejidad de un problema ya complejo en sí mismo no anima a la esperanza. Y es que nos hallamos ante una de las áreas más inestables y convulsas del planeta, de tal manera que en Irak persiste una lucha entre los chiitas —que son mayoría—, los sunitas y los kurdos, que reclaman una nación independiente. En Siria la mayoría es sunita, seguida por minorías alauitas, cristianas, drusas y judías. La *Primavera Árabe*, en 2011, animó a los sirios a iniciar un levantamiento pacífico contra el presidente Bashar al Asad: Este respondió con una violencia desproporcionada y acabó convirtiéndose en una brutal y sangrienta guerra civil que ha arrastrado a potencias regionales e internacionales. Este es el panorama añadido —y actualizado a nuestro tiempo— al permanente enfrentamiento entre palestinos e israelíes, que ya hemos analizado.

¿Y las soluciones...? ¿Las hay? No son preguntas ingenuas; son preguntas necesarias. Se han hecho propuestas concretas; pero han recibido respuestas dispersas. Se ha formulado la creación de dos Estados; pero sólo era viable uno. Ha habido intentos de estrechar lazos humanos; pero hay quienes los han cortado. Algunos hablan de la Paz; pero muchos practican el odio y la venganza...

¿Entonces...? Queda la esperanza. Porque hay que confiar en el ser humano, que es quien puede cambiar los acontecimientos. Cambiarlos para mejor. No podemos decir si la solución pasa por la creación del otro Estado. Hasta ahora no ha sido la solución. Acaso de un solo Estado binacional que le dé la misma ciudadanía y derechos a todos los residentes de Israel y los territorios palestinos. Tal vez no es un problema exclusivamente territorial, y se hace preciso revisar el concepto de paz vinculándolo al de igualdad. O entender que la paz pasa por la descolonización: «...reemplazar paz por descolonización, lo que implica el establecimiento de un Estado democrático sobre todo el territorio de la Palestina histórica, el cual va a recibir a todos los refugiados palestinos. Esto trata menos sobre la paz y más sobre una reconciliación entre una sociedad colonizadora y un pueblo colonizado. Es un proceso doloroso para todos, pero el único que vale la pena perseguir si queremos evitar un próximo ciclo de derramamiento de sangre»²⁷.

Es seguro, eso sí, que la solución al eterno conflicto no pasa por el derramamiento de sangre. Los acontecimientos del 7 de octubre del pasado año nos hacen presagiar lo peor. De hecho, cada día nos despertamos sobrecogidos porque las desgarradoras imágenes del momento superan el horror de las del día anterior.

La imposibilidad de convivir del pueblo judío y del pueblo palestino adquirió la expresión más cruel en torno a la segunda década del pasado siglo. Es más que probable que la incompatibilidad entre ambas culturas se manifestó hace ahora casi cuatro mil años. El pasado nunca está lejos en Israel y Palestina.

Pero, aun así, necesitamos entender, antes que nada, por qué podemos seguir teniendo esperanza. Y luego, buscar la salida.

27 Ilan Pappé. Entrevista concedida a la revista *Diario UChile*. Universidad de Chile, febrero de 2024.